

# Introducción

*...El eje del mal es heterosexual*



Manifestación del «orgullo», pancarta de GtQ, Madrid, 2 de julio, 2005.

Eso coreábamos unas cuantas en las manifestaciones contra la guerra y en la manifestación del orgullo del año 2003. Lo gritábamos, y lo gritamos, bien alto, porque sabemos que nuestros cuerpos son políticos. Nuestros cuerpos son discursos, no son más que aquellos lugares materiales de «articulación productiva de poder y saber».<sup>1</sup> Escupimos sobre el neoliberalismo que tan bien ha simulado recibirnos en sus espectáculos insertos en la matriz heterosexual —«rejilla de inteligibilidad cultural a través de la cual se naturalizan cuerpos, géneros y deseos» (Judith Butler, 1990/2001: 38)— insomne e imposible. Decimos que NO queremos ser parte de las fronteras de occidente; por eso vomitamos sobre la carta de guerra del 29 de enero de 2002 en la que, por primera vez, George W. Bush pronunció la frase «El eje del mal» ante los miembros del Congreso y el Senado, el Estado Mayor, el Tribunal Supremo y el Gobierno de EE UU. En su discurso anunció que: «Peligros sin precedentes se ciernen sobre el mundo civilizado», puesto que existen «régimenes que han estado silenciosos desde el 11 de septiembre, pero conocemos su naturaleza verdadera», aunque «no tenemos intención de imponer nuestra cultura, siempre defenderemos la libertad y la justicia». La fuerza performativa de semejante discurso, validada por tan «altas instituciones», que bajo la cobertura de la doble moral perpetúa astronómicos intereses económicos, produce exterminios y cicatrices sobradamente conocidos por todas. Nosotras, inapropiables, saboteadoras del sexo jurídico, guerrilleras de los cuerpos medicalizados, terroristas del deseo psiquiatrizado, resistimos.

Sabemos que bajo el triunfante discurso de libertad y de justicia occidental subyacen las formas más refinadas, pero no por ello menos acres y atroces, de homofobia, transfobia, sexismo y racismo. En las manifestaciones anteriores

---

<sup>1</sup> Para una profundización sobre la sexualidad entendida como objeto de saber y dispositivo de poder véase Michael Foucault (1976/1998) *Historia de la Sexualidad*.

al 11-M, el campo de batalla político-institucional fingía de nuevo estar polarizado en torno a dos posiciones claramente distinguibles. Para la «izquierda» oficial, la encarnación del mal llegó a estar representada por el «trío de las Azores»; y cómo no, volvimos a encontrarnos con el mismo imaginario trasnochado de una militancia neomarxista y edípica<sup>2</sup> que era incapaz de mirar más abajo de su propio ombligo: no nos pillaba de nuevas, pero nos resultaba cuanto menos ofensivo tener que afrontar las miradas de desaprobación cuando gritábamos frases como «¡El eje del mal es heterosexual!» o «La sexualidad de Aznar francamente me da igual», mientras el resto de la manifestación se giraba, clavaba sus ojos en nuestros cuerpos y profería: «¡Con este gobierno vamos de culo!»; «¡Aznar, hijo de puta!»; «¡Aznar maricón!» y otras tradicionales lindezas profundamente arraigadas en el imaginario heterosexista.

Con oraciones como «Con este gobierno vamos de culo» nos estaríamos situando dentro de una gran paradoja política: según los manifestantes, resultaba que el gobierno de Aznar no sólo institucionalizaba el placer anal, sino que semejante placer era central para la ejecución de su política neoliberal. Mientras, nosotras alzábamos nuestros culos en contra del militarismo y del capitalismo («Placer anal contra el capital»). Fueron frases como «Aznar, hijo de puta» las que hicieron que una asociación de trabajadoras del sexo reaccionara y acudiese a las concentraciones sosteniendo una pancarta en la que declaraban que Aznar no era hijo suyo. Dentro de este marco de manifestaciones contra la guerra, veíamos a dos tíos disfrazados de Bush y Aznar, o de Bin Laden y Sadam Hussein, Blair mediante —la lectora puede componer la representación siguiendo cualquier tipo de combinación pueril con estos cinco elementos—, simulando que estaban follando, que uno le daba por culo a otro, etc... Lejos de proclamar una mariconalización del mundo como marco perfecto para acabar con la guerra («¡Guerras sí, guerras no!»), no sólo reiteraban la apelación a un marco homoerotizado (en este caso, la guerra), siguiendo los preceptos de la heterosexualidad obligatoria, sino que además calificaban las prácticas homoeróticas como abyectas. Este ridículo imaginario presente en la mayoría de la izquierda concluye con el siguiente dilema lógico-moral como corolario: o la homosexualidad —en su límite superior— equivale a muerte, puesto que su traducción inmediata es la perpetuación de la maquinaria de guerra neoliberal; o —en su límite inferior— una escenificación homoerótica es una carnavalada, un simulacro, esto es, algo que no tiene correlato en la realidad. ¿Por qué la masculinidad sólo puede ser ironizada cuando se presenta en «entredicho»? Como señala Judith Halberstam: «Existe una férrea resistencia de la cultura hegemónica a aceptar la masculinidad (blanca) en términos de *performance*. Así, históricamente se ha concebido la feminidad como una representación (como una *mascarada*), sin embargo se ha negado u obviado la posibilidad de que la masculinidad se pudiera representar (identificándola como una identidad no performativa o antiperformativa)».<sup>3</sup>

---

<sup>2</sup> Felix Guattari (1977) dedica un exquisito y cuidado análisis al estudio de semejante espécimen en «Micropolítica del fascismo» en *La révolution moléculaire*, Recherches, 1977.

<sup>3</sup> En el resumen de la conferencia *Nuevas subculturas performativas: dykes, transgéneros, drag kings*, etc. que ofreció Judith Halberstam en la sede de La Cartuja (Sevilla) de la Universidad Internacional de Andalucía el sábado 22 de marzo de 2003. <http://www.sindominio.net/karakola/retoricas/halberstam2.htm>

Putas y maricones, de nuevo situadas como otras inapropiadas con las que comparar: el «otro mal». El milagro homosexual que logra reunir a todas las religiones y de forma puntual detiene el choque de civilizaciones en una alianza homófoba: «Por eso cabe calificar de milagrosa la alianza sellada por las máximas autoridades cristianas, musulmanas y judías, que se han unido en una cruzada contra los homosexuales (...) los homosexuales han conseguido lo que parecía imposible: armonía y concordia interreligiosa (...) viejos rivales que hoy se transforman en aliados ante un común enemigo: el desfile gay en Jerusalén» (*El País*, 1 de abril de 2005: 8). Pero la homofobia también se convierte en arma de guerra. La violación de mujeres como botín de guerra, se ha refinado en su versión del siglo XXI: torturemos con «el mayor *mal* para un musulmán», una mujer soldado blanca estadounidense ordenando prácticas homosexuales a presos iraquíes. Pero, por otro lado, la soldado England aparece masculinizada, una no-mujer, una mujer-mujer estadounidense nunca habría hecho algo así, y la prensa busca en un pasado marginal y marimacho la causa de tales comportamientos monstruosos; las bolleras respiramos ¿aliviadas?: está embarazada.

En este contexto surge el grito de «el eje del mal es heterosexual». ¿Es acaso una frase humillante? Si fuera así es que ha sido capaz de recrear y movilizar los mismos contextos de autoridad en los que se produjo «el eje del mal», ¿de verdad hemos sido capaces de crearlos? Sólo un apunte, si convenimos con Austin<sup>4</sup> que los enunciados performativos, a pesar de no ser ni verdaderos ni falsos, pueden ser inadecuados o desafortunados, no bastaría con la enunciación de ciertas palabras sino que estas tendrían que emitirse siempre en las condiciones adecuadas. Para alcanzar un enunciado performativo exitoso —o «feliz» en términos de Austin—, este debe ser reconocido, para lo que se necesita que sea emitido en condiciones determinadas por aquellas personas conferidas con la autoridad requerida, esto es, que se atenga y reproduzca el ordenamiento en el que está inscrito —sus fórmulas ritualizadas, sus expresiones de autoridad, etc.—. Usar la homosexualidad como expresión del mal —recurso de la izquierda y de la derecha, de oriente y de occidente, de diferentes religiones— sitúa el insulto en la «homosexualidad» para denigrar al otro. Entonces ¿qué resulta tan perturbador de añadir el calificativo «heterosexual» a la expresión «el eje del mal»? En principio, no serviría para ofender pues en nuestra sociedad la heterosexualidad no funciona como insulto, sino como requerimiento de normalidad. Añadido al «eje del mal», no hace más que marcar lo nunca marcado, la heterosexualidad, para decir lo obvio: que las posturas del «eje del mal» —ya sea en la versión trío de las Azores o en la versión que Bush creó en su estrategia mundial antiterrorista de guerra preventiva—, partieron de una heterosexualidad obligatoria y militantemente homófoba. Si es así, ¿por qué sorprende o incluso se interpreta como ofensiva? En este caso la carga del insulto no se encontraría en la «heterosexualidad», sino en el «eje del mal», de tal forma que lo que no es sino expresión de una evidente alianza homófoba que califica a los componentes concretos del «eje del mal», ha sido

---

<sup>4</sup> Las ideas de J. L. Austin (1962/1988) sobre el interés de estudiar el lenguaje corriente se cuentan hoy entre las más destacadas dentro de la lingüística y de la filosofía del lenguaje, su teoría sobre los actos del habla y en concreto los enunciados performativos será retomada por la teoría *queer*.

interpretado como una descalificación general a la heterosexualidad reconvertida en el mal por excelencia. Parece que hemos conseguido cambiar sujeto y objeto en las interpelaciones con legitimidad.

Nosotras, que «afirmamos sin exagerar que en la mayoría de los países del mundo gays, lesbianas y transexuales son discriminados, encarcelados, torturados y/o asesinados»,<sup>5</sup> partimos de este axioma tautológico y lo hacemos retorcerse sobre sí mismo, proponiendo esta pequeña subversión. Tal aserción no responde a una demonización de los heterosexuales, sino que su fin es manifestar nuestro rechazo a la «matriz heterosexual» como régimen político dictatorial. Parafraseando a Foucault, «el poder es un campo múltiple y móvil de relaciones de fuerza donde se producen efectos de dominación de largo alcance pero nunca completamente estables». <sup>6</sup> No pretendemos plantear la guerra como una barbarie derivada de una *esencia* heterosexual, lo que denunciamos es un régimen heterosexual que aterroriza cualquier otra forma de sexo/género/deseo que no se ajuste a sus imposibles criterios normativos: «Porque deseamos la liberación universal del deseo gay, que sólo se podrá realizar cuando se haya desmoronado vuestra identidad hetero. No estamos combatiendo contra vosotros, sino contra vuestra “normalidad”. (...) Pasar de nuestra parte significa tomar por el culo, literalmente, y descubrir que es uno de los placeres más bellos. Significa unir tu placer al mío sin vínculo castrante, sin matrimonio. Gozar sin Norma, sin ley» (Mario Mieli, 1979: 291-292).

Sea como fuere, con este título nos movemos en las contradicciones que supone habitar simultáneamente la deconstrucción y la hiperidentidad contingente que nombra —nunca de forma clónica— para reconstruir, como mecanismo de resistencia, y para abrir espacios de posibilidad. Porque el imperialismo heterocultural y capitalista produce el efecto paradójico de crear sujetos necesariamente sujetos, de reprimir y producir a la vez identidades, errores ficticios que requieren nombrarse para desnombrarse.

### ***Sobre terrorismos de género..***

«Por un tiempo, pensé que sería divertido llamar a lo que hacía en la vida *terrorismo de género*. Me parecía acertado al principio —yo y mucha gente como yo estábamos aterrorizando la propia estructura de género—. Pero ahora lo veo diferente —los terroristas de género no son las *drag queens*, las bolleras *butch*, hombres patinando travestidos de monjas—. El terrorista de género no es el transexual masculino que está aprendiendo a mirar a los

---

<sup>5</sup> Azione Gay e Lesbica Firenze, «Documento de adhesión al fórum de Génova». En [www.antagonismogay.org](http://www.antagonismogay.org)

<sup>6</sup> Foucault (1976/1998) rechaza una concepción del poder en términos binarios, para Foucault los cuerpos son subproductos del poder, de ahí su importancia como elemento organizador de la vida. No hay un foco del poder puesto que este no fluye de una manera unidireccional ni tampoco hay un aparato (o un sujeto o varios) que lo ostente.

ojos a la gente mientras camina por la calle. Los terroristas de género no son los papaítos-*leather* o las maricas de los asientos traseros. Los terroristas de género no son los hombres casados que, temblando en la oscuridad, se deslizan en los panties de sus esposas. Los terroristas de género son aquellos que golpean sus cabezas contra un sistema de género que es *real y natural*; y que luego utilizan el género para aterrorizarnos al resto de nosotras. Estos son los auténticos terroristas: los Defensores del Género» (Kate Bornstein, 1994: 71-72).

Es obvio que el régimen *heterosexista* ya existía antes del 11-S y del 11-M: sobre nuestros clítoris y anos, sobre nuestras faloplastias y nuestras vaginas —diferentemente esculpidas—, sobre nuestros cuerpos con sida, se establecen a diario todo tipo de campos de batalla. El machismo, la lesbofobia, la transfobia, la utilización política y económica de la pandemia del sida, son armas de destrucción masiva que han provocado muchas violencias y muchas muertes. Este libro habla y denuncia los cotidianos y estatales terrorismos de género, aquellos terrorismos silenciados sin indemnizaciones. «*Terrorismo*: dominación por el terror. Sucesión de actos de violencia ejecutados para infundir terror». Las diferentes violencias simbólicas y materiales ejecutadas desde la articulación de diferentes micropoderes para la defensa y vigilancia de la dicotomía *heterosexual* jerarquizada y genitalizada —solo existen dos sexos desiguales— y la monosexualidad medicalizada —una persona solo puede poseer un único sexo *natural*, que es el asignado médicamente—. Sabemos que la heterosexualidad obligatoria tiene como objetivo final alcanzar una meta imposible, allí donde el límite avanza inexorable a medida que el sujeto (yo/no yo/doblemente no yo... xx, xy, xxy, xxxy...) se aproxima a este: algo que ni siquiera el campeón más heterosexual, varón, blanco y monoteísta que haya existido, exista o existirá jamás sobre la faz de este planeta puede llegar a cumplir. Dentro de este campo de fuerzas, somos el resultado no esperado de un cálculo matricial basado en una aritmética heterocentrada, por eso proliferamos en los márgenes de la economía libidinal falocéntrica expresada por la mortífera reificación de las categorías dualistas y dialécticas de homo/hetero, hombre/mujer.

—«El bebé, ¿es niño o niña?».

—«No lo sabemos, todavía no nos lo ha dicho». (Bornstein, 1994: 46)

«Sexo: ~~Varón~~ ~~Mujer~~»

«Sexo: Sí».

Así pues desplegamos nuestros cuerpos, nuestros deseos, nuestras identificaciones más o menos in/adecuadas con las posiciones sociales de masculinidad y feminidad... Nuestra relación con el género es problemática, confusa, difusa, concreta, impaciente, inquieta, cambiante... Pero, si bien jugamos con patrones de género que siempre nos resultan o demasiado grandes o demasiado pequeños —y habitualmente las dos cosas al mismo tiempo—, estos también están siendo transformados, expandidos o cuestionados con

nuestras prácticas cotidianas. La presencia de solidez con la que se reviste el *género* —palabra mágica sobre la que continúan existiendo no pocas disputas— no es sino una ficción encarnada, discursiva e institucionalizada, altamente versátil y densamente patrullada, que tiende a orientar y regular nuestras identificaciones y a establecer los códigos sobre cómo hacer y vivir cuerpos diferentemente sexuados en una sociedad concreta. Esto incluye la determinación de qué cuerpos resultan pensables; cuáles son los cuerpos deseables y por quiénes, qué prácticas son ajenas a qué cuerpos y, por supuesto, qué regímenes político-económicos de los cuerpos son permitidos o prohibidos. Pero esa apariencia sustantiva del género se asienta en prácticas cotidianas que tienden a recrear, reproducir y modificar aquel discurso que las alimenta.

La verdad del sexo, de los cuerpos sexuados, resulta ser mucho más inestable de lo que se nos antoja a simple vista. El género y aún el sexo y la sexualidad como verdades políticas tienen una emergencia reciente y su mantenimiento requiere de un control férreo. De ahí la persecución cotidiana e institucionalizada de las ambigüedades y fluideces de sexos, géneros y deseos, y la vigilancia aduanera de los tránsitos: médicos, psicólogos y jueces como puntos de paso obligado en las fronteras, policías de la ley heterosexual, peritos de nuestros sexos/géneros, controladores de cambios y aseguradores de que nadie se quede a medias, *entre-los-sexos*: «Mantened vuestras leyes fuera de nuestros cuerpos». Porque silencio es igual a muerte y porque es necesario, como dice Barbara Smith, *hablar* de homofobia, lesbofobia y transfobia cuando se habla de racismo *y* cuando se habla de sexismo *y* de clasismo *y* cuando se habla de precariedad laboral. Hablar del terror de miradas violentas, humillaciones e insultos violentos, silencios violentos... El terror del acoso escolar a maricones, bolleras o trans, con sus violencias cómplices: la indiferencia y el silencio; el terror de las instituciones insensibles y reproductoras de agresiones homófobas y transfobas; el terror de interpelaciones cotidianas violentas que se creen legítimas bajo una matriz heterosexual, blanca y ciudadana que las ampara: «Pero tú qué eres ¿un chico o una chica?», «tú calla que no eres de aquí», «este servicio es de mujeres»... El terror ejercido mediante unos documentos de identificación sexual y geográfica donde se condensan violencias estatales que patrullan y limitan los tránsitos, y castigan aquellos no autorizados.

Pero los documentos se pueden falsificar y determinados reconocimientos pueden ser evitados: bolleras, maricas o trans pueden situarse diferentemente en las matrices de la masculinidad y la feminidad, de tal forma que los tránsitos aduaneros se multipliquen hasta quedar momentáneamente en suspenso. Las *butch*, los *drag-kings*, los F2M, al encaramarse en una masculinidad negada, y las maricas plumeras, las *drag-queen* de feminidad hiperbólica y las M2F, asaltando los espacios de la feminidad, evidencian la imposibilidad de contención de los límites del género. Pero, ¿qué pasa cuando el asalto a la norma se realiza sobre la base de la explotación de la norma?; ¿cuando el cuestionamiento de la estabilidad de los géneros se sustenta en una apropiación superlativa que resulta irónica?; ¿cuando se cortocircuitan las explicaciones heterosexistas que sostienen que bolleras y gais no son sino «malas copias» de una heterosexualidad convertida en «original» incuestionado?; ¿cuando las bolleras son *femme* y los maricas *osos* y *leather*? Si en el caso de los bollos *butch* y los maricas plumeros se rompe con la norma de género y se erotiza esa trasgresión, en el caso de *femmes*, *osos* y *leather* nos

encontramos con una forma de erotización de la norma que la desactiva al reproducirla hiperbólicamente y alejarla del referente relacional heterosexual. Todas estas figuraciones habitables suponen ejercicios cotidianos de resistencia que despliegan mundos posibles y crean proliferaciones promiscuas y ocasiones para desarrollar deseos y prácticas desde los que desbordamos los esfuerzos reguladores del régimen *heterosexista*.

Así pues nos resistimos y por eso también infundimos un diferente tipo de *terror*: la violencia, el vértigo, incluso la náusea, la desorientación provocada por la persona *rarita* que no encaja en las categorías cognitivas del dualismo sexual. Pero la revulsión tiene una peculiar conexión con el deseo: el vértigo se provoca por la atracción de caer al vacío, la otra *rarita* provoca pánico porque confronta a las personas con la seguridad de sus cuerpos normalizados, pero también por el peligro de una atracción que cuestiona esos límites. «Eso es lo que hacen las proscritas del género: nuestra mera presencia es suficiente para que la gente se ponga enferma» (Bornstein, 1994: 72). Porque «la nuestra no es una *disforia de género* más bien una *euforia de género*» (Porpora Marcasano, 2002)<sup>7</sup> *que provoca trastornos en la identidad heterosexual*.

### Políticas articulatorias *queer*

Este libro surgió de una serie de encuentros donde problematizamos tanto el concepto como las teorías y prácticas *queer*, y analizamos sus relaciones, acuerdos y desacuerdos con otros movimientos feministas, okupas y de gays y lesbianas. Este libro es deudor de esas discusiones y de una particular visión de lo político: queríamos reclamar lo *trans* y lo *inter* de lo *queer*; queríamos hablar de las complejidades y contradicciones de las identidades múltiples; queríamos discutir las conexiones constitutivas de las diferentes opresiones; queríamos, también, hacer un texto que rompiera con el referente estadounidense y tuviera diferentes voces y tonos. Este híbrido, surgió del hartazgo de que, como señala Barbara Smith, la transfobia, la lesbofobia y la homofobia sean las últimas opresiones en ser mencionadas, cuestiones poco serias que distraen de la lucha contra los «enemigos principales» y fragmentan a la «izquierda»; al tiempo que se acusa a los movimientos *queer* de ser particularistas e interesarse solo por «lo meramente cultural», lo «estético», lo «teatral» de la sexualidad. Ello nos ha llevado a reflexionar sobre cómo se construyen los consensos y las multitudes en los colectivos o movimientos sociales, sobre la base de posponer, desdibujar o incluso eliminar determinadas demandas de la agenda concebidas como «secundarias» o «particulares».

---

<sup>7</sup> El texto completo: «[...] lo que se manifiesta y se expone con la propia experiencia trans, no es el ser mujer (que es otra cosa) sino el estar fuera de los géneros. Y para responder a los médicos, la nuestra no es una disforia de género sino mas bien una euforia de género. Estamos eufóricas, confusas y desorientadas y también orgullosas. El cuerpo transexual continúa siendo un cuerpo de reo y desgraciadamente no sólo en la cultura a la que contestamos, también continúa siéndolo en la cultura liberada y considerada libertaria» (Marcasano, 2002).

Este libro surge también del rechazo a la dicotomía personal/político y al establecimiento de *un* determinado espacio político como el único desde el que reclamar la resistencia. Porque, para muchas personas, lo quieran o no, sus propios cuerpos abyectos son ya «política», cotidianos campos de batalla susceptibles de ser interpelados violentamente y a su vez cuerpos-resistencia que cortocircuitan las normatividades: para muchas personas «la primera revolución es la supervivencia» (La Radical Gai). Con este libro queremos reclamar las posibilidades políticas de los cuerpos raritos, de las performatividades cotidianas de los géneros —en la calle, en el trabajo o en la familia—, de la teatralidad o la parodia que ironizan la naturalización sexual y abren nuevos espacios de lo inteligible y lo vivible, y de muchas otras formas de hacer políticas *queer* que no alcanzan el grado de seriedad de la militancia tradicional (¿masculina?). Porque «el pensamiento de una vida posible es sólo una indulgencia para aquellas personas que se saben a ellas mismas como posibles. Para aquellas que están aún intentando ser posibles, la posibilidad es una necesidad» (Butler, 2001: 19).

Los movimientos, prácticas y figuraciones habitables *queer* transforman una situación vital de vulnerabilidad radical en una posición desde la que responder políticamente a las normatividades múltiplemente impuestas. Por ello, no queremos que lo *queer* se convierta en una marca banalizada por la que se consume a «el otro» exótico —en este caso a «las otras raritas». Es preciso un mayor debate sobre las diferentes alianzas que se generan con diferentes instituciones, ámbitos académicos o artísticos, con el peligro de reificación y desideologización que ello puede conllevar. Problematizar los reconocimientos parciales que utilizan referencias a multitudes *queer* sin cuestionarse cuerpos, géneros o deseos normativos, o sin que se hagan vulnerables las posiciones seguras ni se cuestionen las prioridades políticas y sus sujetos centrales.

Hacer una apuesta por los *feminismos queer* requiere atender a cómo las diferentes opresiones están articuladas, a cómo el racismo, el clasismo y el heterosexismo se (re)producen violentamente en nuestra cotidianidad, y evitar la salida fácil de fijar *a priori* una exclusión primaria. Porque aunque la homofobia es una opresión violenta en nuestra sociedad heterosexista, y la transfobia todavía más, se adoptan y son vividas subjetivamente de formas muy diferentes en función del género, la clase social, la condición rural o urbana, el tener o no tener papeles, o estudios, o resultar más o menos vulnerable a múltiples interpelaciones racistas. En ocasiones, la homofobia puede constituirse en el trasfondo no marcado desde el que se experimenta el racismo o la amenaza constante de ser expulsado de un país —tal y como nos describe Encarnación Gutiérrez en su texto—. Por eso, lo *queer* no debe anular las diferentes diferencias y las implicaciones vitales que suponen; y por eso debemos estar muy atentas a tendencias homogeneizadoras sexistas y racistas sobre *quién* es percibido como sujeto referente de lo *queer* y no presumir un sujeto político ya formado ni una agenda política establecida y fija *a priori*.

Porque tenemos que abordar aquí y ahora la situación de un creciente colectivo de transex, lesbianas y gais que han inmigrado al Estado español en muchos casos como estrategia de supervivencia, quizá buscando un espacio no tan hostil hacia lo «homo/trans», pero que se encuentran con una creciente hostilidad hacia lo «otro extranjero/inmigrante». Y a su vez, considerar los conflictos que emergen en el propio reforzamiento identitario de las

comunidades diaspóricas, que en una situación de vulnerabilidad por la hostilidad hacia lo otro, refuerzan las fronteras de la identidad comunitaria, excluyendo a aquellas personas que no reproducen férreamente la recreada tradicionalidad de la identidad diaspórica con prácticas homóbofas y machistas.

Porque debemos estar alerta en relación con la utilización de la homosexualidad, pero también de la homofobia,<sup>8</sup> como mecanismos de denigración del otro para justificar racismos y etnocentrismos; pero también alerta con respecto de la utilización del racismo como defensa frente a la lesbo/homofobia, lo que no es sino una forma de homofobia racista que anula y denigra a gays y lesbianas reconocidas como pertenecientes a «otras razas». Desactivar un régimen de reconocimiento por el cual las identidades se establecen como exclusivas y excluyentes: las personas gays y lesbianas son blancas y nacionales y las personas inmigrantes son heterosexuales.

Atender en cada caso al despliegue concreto de posiciones y relaciones, y a los diferenciales de poder que los conforman, porque no tenemos garantías de ocupar *a priori* una posición de privilegio o de exclusión. Necesitamos dar cuenta de *cómo* ciertos cuerpos, ciertas relaciones y ciertos deseos, en contextos concretos pasan a ser más o menos vulnerables que otros. Así, una mujer, blanca, europea, lesbiana puede sentirse vulnerable en un contexto masculino y heterosexista inmigrante, y al tiempo mantener el privilegio y la seguridad de su ciudadanía, y al tiempo desplegar un comportamiento racista, y al tiempo ser explotada en un trabajo precario.

Porque el heterosexismo, el clasismo, el racismo y el etnocentrismo se refuerzan y se constituyen mutuamente. Mientras escribimos estas líneas, el respetable periódico *El País* se lucra publicando en sus páginas un anuncio publicitario bajo el reclamo «¡Alerta!», donde se insta al rechazo de la ley de matrimonios homosexuales porque, si se aprueba, «el sida y otras enfermedades de origen homosexual proliferarán» y porque «gays de todo el mundo buscarán refugio en España» (*El País*, 25 de mayo de 2005: 8). Como señalan Sejo Carrascosa y Fefa Vila en su artículo, «el sida ha sido y sigue siendo, el gran reto que nos ha confrontado a cada una de nosotras con la homofobia, el racismo, el sexismo y el clasismo, en el mismo corazón de las sociedades occidentales, y de los países más ricos y poderosos del planeta». A esta homofobia que sigue asociando irresponsablemente dicha enfermedad con los gays varones,<sup>9</sup> se le añade el sexismo en la investigación que ha hecho que

---

<sup>8</sup> El 6 de mayo de 2002 fue asesinado el político holandés Pym Fortuyn que hizo de la contraposición forzada de homosexualidad e Islam uno de los puntos fuertes de su agenda política. Partiendo de paradigmas tan probadamente eugenésicos como el darwinismo social, el malthusianismo, o la antropología organicista, declaraba que el Islam era un peligro para «nuestro» occidente «supuestamente» más avanzado en materia social. Sus derechos ilustrados estaban en peligro. Fortuyn pretendía establecer una política gay dentro de un espacio no abyecto que le posibilitara el acceso a una ciudadanía de primera dejando atrás aquellos discursos que lo hacían no apto para ostentar la jefatura de un Estado. Pero, ¿no será acaso el neoliberalismo un sistema aséptico de homofobia?: para Fortuyn «gay» era un valor occidental, un triunfo de occidente, que habría que salvaguardar frente al peligro de culturas subdesarrolladas que amenazaban «nuestro» *welfare*.

<sup>9</sup> Es de sobra conocido por todas el discurso en el que se iguala sida a homosexualidad y muerte. El 13 de febrero de 2005 las autoridades de salud pública de EE UU alertaban de la aparición en Nueva York de una nueva cepa de VIH especialmente agresiva encontrada en

apenas existan estudios sobre el tratamiento del sida en mujeres. Pero además los medios han representado a la respetable mujer blanca, heterosexual y casada como «víctima» pasiva del sida y a la «mala» mujer inmigrante, prostituta o drogadicta como la portadora y transmisora del virus. Otro ejemplo de las complejas interacciones entre ideologías racistas, heterosexistas y coloniales, denunciado por Cheryl Chase en su texto, son las implicaciones coloniales de la enorme diferencia entre la atención mediática y la crítica moral hacia la ablación genital femenina en África y la indiferencia ante la mutilación genital intersexual institucionalizada y legitimada médicamente en occidente: si bien ambos procesos cumplen funciones sociales semejantes —normalizar a las personas para su vida hetero-sexual y su normalización vía matrimonio—, uno es descrito como un producto residual de una sociedad atrasada y el otro se presenta como parte de una retórica de progreso donde la técnica nos ofrece la promesa de trascendencia de los límites naturales.

Desde diversas experiencias de vulnerabilidad no equiparables ni asimilables; desde ser interpeladas y violentadas como abyectas; desde la hipervigilancia de espacios propios e impropios; desde los aprendizajes de cómo aparentar y «pasar por» géneros y/o nacionalidades como estrategias de supervivencia; desde la experiencia de habitar las fronteras geográficas de los cuerpos, las nacionalidades y los deseos; desde el conocimiento de que nuestras diferentes diferencias importan y que hay que dar cuenta de ellas; queremos proliferar en encuentros promiscuos que no eludan estas complejidades constitutivas, ni sus contradicciones y conflictos.

*«Tres manzanas cayeron del cielo: una para nosotras, otra para las que inician el tránsito y la tercera para las que nos acompañan....»*

Madrid, Junio 2005  
Carlos Bargeiras Martínez,  
Silvia García Dauder,  
Carmen Romero Bachiller  
GtQ-Mad

---

un paciente homosexual, que mantenía múltiples relaciones sin condón —hemos de sobreentender que con diferentes personas—, al tiempo que usaba metanfetaminas en forma de cristales... Pero, ¿dónde reside la auténtica novedad científica de esta noticia? Cualquier manual sobre sida nos explica cómo el virus que causa la enfermedad es capaz de mutar mil millones de veces en una sola persona en el espacio de veinticuatro horas. Luego ¿la novedad es que según un discurso heterocentrado un cuerpo homosexual es el *topos* ideal donde puede alojarse la quintaesencia de la muerte? ¡Menuda novedad!



Flyer-GtQ, Junio, 2005. Intervención contra la manifestación homófoba que tuvo lugar en Madrid el 18 de junio de 2005 bajo el lema «la familia importa». (Original en color).



Intervención de GtQ en la manifestación del «orgullo», Madrid 2003.

## Referencias bibliográficas

- AUSTIN, J.L., *Cómo hacer cosas con palabras*, Barcelona, Paidós, 1962/1988.
- AZIONE GAY E LESBICA FIRENZE, «Documento de adhesión al fórum de Génova», en [www.antagonismogay.org](http://www.antagonismogay.org)
- BORNSTEIN, KATE, *Gender Outlaw. On men, women and the rest of us*, Nueva York-Londres, Routledge, 1994.
- BUTLER, JUDITH, *El género en disputa: el feminismo y la subversión de la identidad*, Barcelona, Paidós, 1990/2001.
- BUTLER, JUDITH, «La cuestión de la transformación social», en Elisabeth Beck-Gernsheim, Judith Butler y Lidia Puigbert, *Mujeres y transformaciones sociales*, Barcelona, El Roure, 2001.
- FOUCAULT, MICHEL, *Historia de la Sexualidad I. La voluntad de saber*, Madrid, Siglo XXI, 1976/1998.
- GUATTARI, FELIX, «Micropolítica del fascismo» en *La révolution moléculaire*, Paris, Recherches, 1977.
- HALBERSTAM, JUDITH, «Nuevas subculturas performativas: dykes, transgéneros, drag kings, etc», *Seminario Retóricas del Género/Políticas de identidad*, UNIA, Sevilla, 2003. Disponible en <http://www.sindominio.net/karakola/retoricas/halberstam2.htm>
- MIELI, MARIO, *Elementos de crítica homosexual*, Barcelona, Anagrama, 1979.
- MARCASANO, PORPORA (2002), *Transessuali, transgender o degenerate: i corpi del reato*, Forum Social Europeo, Florencia, viernes 8 de Noviembre 2002. Disponible en <http://www.antagonismogay.org/modules.php?name=News&file=article&sid=38>.